

parte de los dragones la parte de Polonia destinada al rey de Sajonia con el nombre de gran ducado de Varsovia. Una división debía estacionar en Thorn, otra en Varsovia y otra en Possen. Los forrajes de las orillas del Vístula quedaban abandonados á los dragones. Esta era la llamada primera comandancia. Al mariscal Soult, con su cuerpo de ejército y casi toda la reserva de caballería, se le dió orden de ocupar la antigua Prusia desde el Prégel hasta el Vístula, y desde el Vístula hasta el Óder, con encargo de irse retirando á medida que se fueran satisfaciendo las contribuciones. La caballería pesada y la ligera tenían la isla de Nogath para vivir en medio de la abundancia que les ofrecía aquella isleta del Vístula. En esta segunda comandancia intercaló Napoleón otra, excepcional en cierto modo, como el paraje que la motivaba, y fué la de Dantzig. Situó allí á los granaderos de Oudinot, y además la división de Verdier, que habían formado el cuerpo del mariscal Lannes y que debían ocupar aquella opulenta ciudad con todo el territorio que ésta había recobrado por el reconocimiento de ciudad libre. No debía permanecer en ella la división de Verdier, pero sí los granaderos hasta que se aclarasen completamente los negocios de Europa. La tercera comandancia, que comprendía la Silesia, fué confiada al mariscal Mortier, á quien solía colocar Napoleón en las provincias donde había mucha riqueza que salvar de los desórdenes de la guerra, y el cual acababa de dejar su cuerpo de ejército recientemente disuelto por la reunión de polacos y sajones en el ducado de Varsovia. Llevaba este mariscal bajo su mando los cuerpos quinto y sexto que acababan de dejar los mariscales Massena y Ney. Estos dos últimos y el mariscal Lannes habían obtenido permiso para restituirse á Francia á descansar de las fatigas de la guerra. El quinto cuerpo se hallaba acantonado en las cercanías de Breslau en la Silesia superior; el sexto alrededor de Glogau en la Silesia inferior ó baja. El primer cuerpo, confiado al general Victor desde que fué herido el príncipe de Ponte-Corvo, recibió orden de ocupar á Berlín, marchando en su movimiento retrógrado unido con la guardia imperial que regresaba á Francia para ser objeto de espléndidos agasajos. Finalmente, las tropas que habían formado el ejército de observación á espaldas de Napoleón fueron rápidamente llevadas hacia el litoral. Los italianos, una parte de los bávaros, los badenses, los hessenses y las dos brillantes divisiones francesas de Boudet y Molitor fueron encaminados hacia la Pomerania sueca con el parque que había servido para sitiar á Dantzig. Aumentó Napoleón este parque con todas cuantas bocas de fuego y municiones había permitido juntar el verano último, y le mandó situar frente por frente á Stralsund, para quitar al rey de Suecia este apeadero en caso de que dicho príncipe, fiel á su carácter, renovase por su parte aisladamente las hostilidades, habiendo depuesto las armas el mundo entero. El mariscal Brune, que había sido puesto al frente del ejército de observación, obtuvo el mando directo de estas tropas, que ascendían á unos treinta y ocho mil hombres, con un inmenso material de guerra. En caso de tener que poner sitio á Stralsund había de dirigirlo el ingeniero Chasseloup, que tanto se había acreditado en la dirección del sitio de Dantzig.

El mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo,

que había pasado á Hamburgo con objeto de reponerse de su herida, recibió el mando de las tropas destinadas á custodiar las ciudades anseáticas y el Hannóver. Aproximáronse los holandeses á la Holanda, posesionándose del Ems; los españoles ocuparon á Hamburgo. Estos últimos habían atravesado, unos la Italia, otros la Francia, para ir, cruzando la Alemania, á las costas del mar del Norte. Formaban un cuerpo de catorce mil hombres á las órdenes del marqués de la Romana: buenos soldados, de tez morena y enjutos de miembros, que tiritaban de frío en las playas tristes y heladas del Océano septentrional, y ofrecían un singular contraste con nuestros aliados del Norte, recordando por la chocante diversidad de los pueblos sometidos al mismo yugo los tiempos de la romana grandeza. Llevaban gran acompañamiento de mujeres, niños, caballos, mulas y asnos cargados de bagajes; vestían mal, pero de un modo enteramente original; mostrábanse siempre alegres, activos y bulliciosos; no hablaban más que su lengua (1), vivían exclusivamente entre sí, maniobraban poco y pasaban una parte del día bailando al son de la guitarra con las mujeres que los acompañaban; con lo cual excitaban la curiosidad de los estupefactos y graves habitantes de Hamburgo, cuyos diarios referían estos pormenores á la Europa, asombrada con tan extraordinarias escenas. Disuelto el cuerpo del mariscal Mortier, como acabamos de manifestar, la división francesa de Dupás, que había formado parte de él, fué encaminada hacia las ciudades anseáticas para volar al socorro de nuestros aliados holandeses ó españoles que fuesen atacados por el enemigo. El único enemigo posible eran los ingleses, que hacía ya un año estaban siempre amagando con una expedición continental, y que, como suele suceder cuando se titubea mucho, podían llegar á intentarla fuera de toda sazón. A las tropas del mariscal Brune, que tenían orden de hacer frente á Stralsund y á las del mariscal príncipe de Ponte-Corvo, encargado de observar el Hannóver y la Holanda, debían agregarse en caso necesario la división de Dupás primeramente y después todo el primer cuerpo entero, concentrado á la sazón sobre Berlín. Toda tentativa de parte de los ingleses debía frustrarse contra una reunión de fuerzas tan imponente.

Todo estaba, pues, dispuesto para repeler á los suecos, si quedaba fallida la mediación rusa, de la Pomerania á Stralsund, de Stralsund á la isla de Rugen, de la isla de Rugen al mar, y para precipitar en él á los mismos ingleses en el caso de invadir el continente. De estas medidas debía resultar también la precisión de

(1) El no saber hablar más que su propia lengua no es un distintivo que merezca señalarse en los soldados españoles. Sabido es que la gente vulgar no habla más lengua que la nativa, y aun ésta malamente. ¿Por qué, pues, designar como una cosa peculiar de nuestros soldados la ignorancia de los idiomas extranjeros? ¿Acaso los soldados franceses hablan el español y llevan en conocimientos filológicos alguna ventaja á los nuestros? Precisamente la ignorancia de los idiomas extraños distingue más que á ningún otro pueblo al pueblo francés, en el cual, aun en las clases más elevadas de la sociedad, es raro encontrar quien hable otra lengua más que la del país. Tiene, pues, cierto viso de petulancia francesa el achacar esta especie de defecto á nuestros soldados; y si no se señala como defecto, es tan demás decir *los soldados españoles no hablan más que su lengua, como los soldados españoles tienen dos ojos y dos manos y pelo en la cabeza.* (N. del T.)

adherirse la Dinamarca y completar la coalición continental contra la Inglaterra. Por lo tocante á las medidas que habían de emplearse con los suecos, poco había que discurrir; se habían conducido de una manera tan hostil y tan arrogante, que bastaba hacerles la intimación y repelerlos después sobre Stralsund. Los daneses por el contrario habían observado tan escrupulosamente la neutralidad, se habían conducido con tal mesura, propendiendo con toda sinceridad hacia la causa de la Francia, que era la suya propia, que no había razón para provocarlos como á los suecos. Encargó Napoleón á Mr. de Talleyrand que escribiese inmediatamente al gabinete de Copenhague haciéndole conocer que ya era tiempo de adoptar un partido, ya la causa de la Francia sólo luchaba con la Inglaterra por cuestión de los neutrales, y esta cuestión lo era también de vida ó muerte para todas las potencias navales, especialmente para las de menor importancia, que eran, por lo común, las menos respetadas por la supremacía británica. Mr. de Talleyrand tenía orden de mostrarse amigo, pero también exigente; tenía también de ofrecer á la Dinamarca las mejores tropas francesas y el auxilio de una artillería formidable capaz de tener á raya á los navíos ingleses mejor armados.

Creía Napoleón cooperar útilmente á la mediación rusa poniendo espanto á la Inglaterra con esta reunión de fuerzas y castigando su comercio con el mayor rigor posible. Mientras adoptaba las medidas militares que acabamos de indicar, hacía decomisar todas las mercaderías inglesas en Leipsick, donde existían en cantidad considerable. Descontento del modo de cumplir sus órdenes en las ciudades anseáticas, mandó cerrar la factoría inglesa de Hamburgo, confiscar muchos valores y mercancías é interceptar en todas las administraciones de correos las cartas del comercio británico, quedando más de cien mil de éstas. El rey Luis, que desde el trono de Holanda le oponía sin cesar obstáculos con sus medidas impremeditadas, su vanidad y la reducción del ejército y de la marina holandesa que había proyectado (lo cual no le servía de estorbo para querer instituir una guardia real, nombrar mariscales y hacer el gasto de una coronación), reunía á todos los planes que tenía premeditados para agrandar á sus nuevos súbditos una tolerancia tal con el comercio inglés, que en cierto modo estaba haciendo traición á la política de la Francia. Cansado de sufrirle Napoleón, le escribió que si no variaba de conducta se vería precisado á tomar las más rigurosas medidas y á hacer custodiar los puertos de Holanda por tropas y aduaneros franceses. Esta amenaza produjo algún resultado, y desde entonces se llevaron á cabo con un poco más de rigor las prohibiciones decretadas contra el comercio inglés en aquel país.

Quiso Napoleón que se vendiesen todas las mercaderías apresadas, y que su producto ingresase en las arcas de las contribuciones de guerra para aumentar la riqueza de éstas, cuyo destino noble, ingenioso y fecundo daremos á conocer en breve. Dió órdenes para que antes de retirarse el ejército fuesen pagando sus contribuciones el Hannóver, al cual trataba sin ningún miramiento por considerarle como una provincia inglesa, la Hesse, las provincias prusianas de la Franconia y por último la misma Prusia. Puede en verdad decirse que

los vencidos no habían sido tratados con mucho rigor, sobre todo si se recuerda lo que sucedía en el décimo-séptimo siglo durante las guerras de Luis XIV, en el décimooctavo durante las guerras de Federico el Grande y en el nuestro cuando la Francia fué invadida en 1814 y 1815. Agregó Napoleón á las contribuciones ordinarias, cuya mitad sólo se había pagado á lo sumo, una contribución extraordinaria, que estaba muy lejos de ser intolerable y que venía á ser el justo castigo de la guerra que se le había suscitado. Con esta contribución hacía pagar todos los artículos que se exigían á los habitantes. Encargó á Mr. Daru, su íntegro y entendido representante en los negocios rentísticos del ejército, que tratase con la Prusia sobre el modo de saldar las contribuciones que se quedaban debiendo, declarando que á pesar de su desecho de retirar las tropas francesas para dirigirlas sobre el litoral europeo, no evacuaría una sola provincia ni una sola plaza de la Prusia hasta que verificase el pago íntegro de las cantidades que se le habían prometido. De este modo, satisfechos todos los gastos de la campaña, y reuniendo á las contribuciones de la Alemania los restos de la contribución impuesta al Austria, esperaba conservar unos trescientos millones de francos, suma que en aquella época representaba un valor doble del que tendría hoy, y que en sus inteligentes manos iba á ser un manantial portentoso de beneficios y creaciones de toda especie.

Mientras tomaba en el Norte sus medidas, las tomaba también en el Mediodía para llevar á cabo su sistema. Durante la campaña de Prusia, la España le había dado justos motivos de desconfianza, y la proclama del príncipe de la Paz llamando á las armas á todo el pueblo español so pretexto de hacer frente á un enemigo misterioso, sólo podía explicarse por una verdadera traición (1). Éralo en efecto, porque en aquel mismo momento, en vísperas de la batalla de Jena, el príncipe de la Paz entablaba secretas relaciones con Inglaterra. No se engañaba Napoleón, aunque ignoraba estos pormenores; pero quería disimular hasta recobrar la completa libertad de sus movimientos. El innoble privado que dominaba á la reina de España, y por medio de la reina al rey y á toda la monarquía, había creído como la Europa entera que era invencible el ejército prusiano; pero al día siguiente de la batalla de Jena, ya se

(1) «Amigos y enemigos, dice el príncipe de la Paz en sus *Memorias*, me han impugnado mi proclama del 6 de octubre, y lo que es más, yo mismo conocía que aún no era tiempo de lanzarla; mas tenía por instantes que revocase el rey su voluntad y se frustrase aquel designio. La proclama fué el solo medio que encontré para afirmarle en su propósito, y que pasado el río se resolviese á ir adelante.» Así se disculpa el antiguo valido de un hecho que tan amargamente se le ha echado en cara. No pretendemos defender la oportunidad de aquella proclama, pero sí debemos reconocer que, atendido el carácter irresoluto y perezoso de Carlos IV, era ese paso aventurado el único modo de no dejar frustrada una alianza secreta que tenía á la sazón todas las apariencias de deber ser afortunada. El político más consumado pudo caer en el mismo escollo, al ver á Napoleón empeñado en el Norte con los dos poderosos soberanos que tan solemnemente habían jurado sobre la tumba de Federico el Grande no deponer las armas hasta dejar escarmentada la codicia de Napoleón. La misión que trajo Strogonoff á España patentizaba sobradamente que la Rusia estaba en guerra declarada con la Francia, y por consiguiente no tenía necesidad el príncipe de la Paz de creer *invencibles* á los prusianos, como dice Mr. Thiers, para reputar probable el triunfo de la cuarta coalición.



prosternaba á los pies del vencedor. Desde entonces no hubo ya género de adulación que no emplease para desarmar la cólera disimulada, pero fácil de descubrir, de Napoleón. La única especie de obediencia que no añadió á sus bajezas, y eso por incapacidad, fué el gobernar bien la España, el regenerar su marina, el defender sus colonias, el convertirla finalmente en una aliada útil: expiación que hubiera sido suficiente á los ojos de Napoleón y que hasta hubiera evitado que su cólera tuviese principio.

Restituido á París, empezó á ocuparse Napoleón de esta porción capital del litoral europeo, y á convencerse de que por fin sería preciso tomar una resolución acerca de esa decadencia española, siempre pronta á trocarse en traición. Pero aunque su imaginación no descansaba nunca y volaba de un objeto á otro, como volaba su águila de una en otra capital, creyó no deberse fijar todavía en esta grave cuestión para no complicar demasiado la situación presente y oponer obstáculos á una pacificación general que anhelaba ardientemente, que esperaba tal vez, y que, si se verificaba, haría mucho menos necesaria la regeneración de la monarquía española. Si, por el contrario, la Inglaterra, dirigida por los débiles y violentos sucesores de Mr. Pitt, se obstinaba en continuar la guerra á pesar de su aislamiento, entonces se proponía atender seriamente á la situación de España (1) y tomar con ella un partido decisivo. A la

Ni es justo apellidar *traición* á un acto político como aquél, aunque fuese desgraciado, en el cual se advierte muy leve fealdad moral si se compara con tantas verdaderas traiciones admitidas en la guerra como cosa corriente bajo el nombre de *estratagemas*; porque demasiado se sabía que á pesar de la aparente alianza de España con Francia arrastráramos la pesada cadena de la servidumbre. Nuestra actual alianza con Napoleón empezó por una amenaza, violentando el sentido del tratado de San Ildefonso, y es preciso reconocer, á fuer de imparciales, que el príncipe de la Paz se opuso con noble entereza á que se reconociesen como subsistentes aquellos convenios ya caducados; pero el pusilánime Carlos IV cedió á la obediencia que se le impuso. Después de la amistad con la Francia, ¿qué recabó la España? Tristes resultados por cierto: ¡empobrecerse por facilitar cuantos subsidios á Napoleón, tener con la Inglaterra una guerra desastrosa que acabó con lo más floreciente de nuestra marina, y tener que sufrir los arrogantes insultos del destronamiento del rey de Nápoles, de que la familia de Borbón se viese sentenciada á desaparecer de nuestro trono, de que nuestras islas y colonias fueran objeto de ajenas transacciones! Por el tratamiento que recibíamos de semejante aliado, podía conocerse si la España era un estado independiente, ó un nuevo satélite de otro dispuesto á sacudir el yugo á la primera ocasión favorable.

(N. del T.)

(1) En breve trataré de un asunto de mucha gravedad, de la invasión de España, y se acerca el momento de referir la trágica catástrofe de los Borbones de España, origen de una guerra atroz y funesta para los dos países. Desde luego advierto que habiendo tenido á mi disposición los únicos documentos auténticos que existen, que por cierto son aunque numerosos frecuentemente contradictorios y sólo conciliables después de grandes esfuerzos de crítica, creo poder revelar todo el secreto, aún ignorado, de los malhadados acontecimientos de aquella época, y que en muchos puntos estará en discordancia con las demás obras publicadas sobre la materia. No hablo de las infinitas rapsodias publicadas por historiadores desprovistos de autoridad, de medios y de amor á la verdad: hablo solamente de los historiadores dignos de consideración, de aquellos á quienes por excepción se han facilitado los archivos de los Negocios extranjeros y de la Guerra, ó de los que como el señor Toreno reúnen á la circunstancia de haber ocupado elevados puestos, la comprensión de los sucesos con los medios de saberlos bien. Tendré que invalidar las aserciones de éstos y de aquéllos, porque como el embajador Beauharnais no supo nunca los secretos de su gobierno, nada hay sobre la cuestión de España en el depó-

sazón sólo pensaba obligarla á desplegar mayor rigor contra el comercio británico y conseguir que sometiese el Portugal á sus vastos designios.

Tenía la España en París, además de un embajador ordinario, que era el señor Masserano, agente oficial completamente inútil y encargado únicamente de la parte honorífica de su papel, al señor Izquierdo, agente secreto del príncipe de la Paz, revestido con toda la confianza de este príncipe y con quien se había negociado el tratado rentístico estipulado en 1806 entre el tesoro español y el tesoro francés. Era Izquierdo el único que en realidad manejaba los negocios, y era muy capaz de ello por su sagacidad y por su conocimiento de todos los secretos de la corte de España. Los desgraciados monarcas del Escorial, temiendo que no bastasen estos dos agentes para conjurar los supuestos enojos de Napoleón, imaginaron enviarle un tercer agente, que con el título de embajador extraordinario le felicitase por sus victorias y le demostrase un júbilo por sus triunfos que estaba muy lejos de ser sincero (2). Para desempeñar este papel fastuoso y pueril se eligió á uno de los principales magnates de España, que fué el duque de Frías, y se solicitó el permiso para

sito de Negocios extranjeros, y lo único que allí se encuentra son los pormenores de las operaciones militares, á veces incompletos. Finalmente, los historiadores españoles por su parte no han podido saber la causa de ciertas resoluciones tomadas en París. Todo el secreto está en los papeles particulares de Napoleón depositados en el Louvre, los cuales contienen juntamente los documentos franceses y los españoles sacados de Madrid. En estos documentos, frecuentemente contradictorios, como acabo de decir, sólo puede traslucirse la verdad á fuerza de comparaciones, de cotejos y de esfuerzos de crítica. Por las diversas notas que contra mi costumbre, tendré que insertar al pie de las páginas de este libro, podrá conocerse cuántos esfuerzos ha sido preciso hacer, aun teniendo los documentos auténticos, para llegar á descubrir la verdad. Pero declaro desde ahora que se han engañado todos los historiadores que han colocado en la paz de Tilsit el origen de los proyectos de Napoleón sobre España; que se han engañado igualmente los que han supuesto que Napoleón se aseguró en Tilsit el consentimiento de Alejandro sobre lo que meditaba hacer en Madrid, y que se apresuró á firmar la paz del Norte para atender más pronto á los negocios del Mediodía. Napoleón sólo concertó en Tilsit una alianza general que le garantizaba la adhesión de la Rusia para todo cuanto hiciese, mediante el permiso para hacer esta potencia lo mismo por su parte. En aquella época no le urgía en manera alguna mezclarse en los asuntos de España: estaba sí altamente indignado de la proclama del príncipe de la Paz, y esperaba pedirle cuentas algún día y tomar con respecto á él sus precauciones; pero á su regreso sólo pensaba en imponer la paz á la Inglaterra amenazándola con una exclusión completa del continente, y en servirse del gabinete de Madrid para reducir al gabinete de Lisboa á sus proyectos. En breve veremos de qué manera y por qué le asaltó la tentación de mezclarse en los asuntos de España. Desde ahora rectifico este error; los demás se irán rectificando á medida que lo requieran el orden de los hechos y el progreso de la narración.

(N. del A.)

(2) El príncipe de la Paz en sus citadas *Memorias* asegura, para justificar este paso tan poco decoroso, que se opuso cuanto pudo á esa humillación, aconsejando al rey que persistiese en el propósito de guerra; que la resolución de mandar un embajador extraordinario á felicitar á Bonaparte por sus triunfos para desarmar su cólera, fué obra exclusiva de Carlos IV, y que cuando llegó á su noticia suplicó al rey con todo encarecimiento, y hasta *con ansias*, que le separase de su lado para que la odiosidad de la desgraciada proclama recayese toda sobre él solamente; que Carlos IV se negó tercamente á acceder á su demanda, por lo cual, añade, *quedó para víctima pies y brazos atados, cercano al sacrificio*, fiel servidor de su rey, pero como hombre sin carácter á los ojos de la Francia.

(N. del T.)

enviarle á París. No era con homenajes de respeto con lo que convenía desarmar á Napoleón; un poco de actividad contra el enemigo común le hubiera apaciguado mejor que los más espléndidos embajadores (1). Napoleón, que no quería alarmar más de lo preciso á aquella corte, llena ya de remordimientos, recibió con mucho agasajo al duque de Frías, se dejó felicitar por sus triunfos, y después dijo al nuevo embajador, repitió al antiguo y participó al más activo de los tres, el señor Izquierdo, que aceptaba las felicitaciones que se le dirigían por sus triunfos y por el restablecimiento de la paz continental; pero que era menester sacar de la paz continental la paz marítima; que este resultado, tan envidiable para la España y sus colonias, sólo se alcanzaría intimidando al enemigo común con una reunión enérgica de esfuerzos y una interdicción absoluta de su comercio; que era por lo tanto preciso cooperar con la Francia, y con esta mira exigir de Portugal una adhesión inmediata y completa al sistema continental; que por su parte estaba decidido á reclamar, no ya una fingida exclusión de los ingleses de Oporto y de Lisboa, sino una exclusión absoluta y verdadera, á la cual siguiese una declaración de guerra inmediata y el embargo de todas las mercancías británicas; que si el Portugal no lo consentía inmediatamente, sería menester que la España preparase sus tropas mientras él disponía las suyas, y que invadiese desde luego su territorio, no por ocho ni quince días como había sucedido en 1801, sino por todo el tiempo de la guerra y quizás por siempre, según las circunstancias. Los tres enviados de España oyeron sumisos esta declaración y la transmitieron sin demora á su gabinete.

Hizo llamar Napoleón al mismo tiempo al Sr. de Lima, embajador de Portugal, y le manifestó que si en el tiempo estrictamente necesario para escribir á Lisboa y recibir contestación no se le prometía la exclusión de los ingleses, el secuestro de su comercio, personas y efectos y una declaración de guerra, el referido embajador tendría que pedir sus pasaportes y resignarse á ver entrar en Lisboa, procedente de Bayona por la vía de Salamanca, un ejército francés; que así lo reclamaba una política concertada entre las grandes potencias é indispensable para el restablecimiento de la paz en Europa. Napoleón en su lucha con los ingleses exigía rigores contra sus propiedades y personas á un mismo tiempo, porque sabía que entre las cortes de Londres y Lisboa se había tratado ya secretamente una exclusión

(1) Tenaz Mr. Thiers en su empeño de hacer pasar á la España como una aliada inútil é indolente, no pierde ocasión de recargar la desventajosa pintura que hizo desde un principio de nuestra flaqueza. ¡Digan empero los combates de Finisterre y de Trafalgar si las armas españolas pudieron ser acusadas de flojedad é inercia en la campaña de mar de 1805! ¿Quiénes sino los españoles sostuvieron lo recio de la contienda en el primero, mientras Villeneuve peleó con sus navíos desde tan lejos que apenas podían alcanzarle las balas enemigas? ¿Quiénes sino los valientes Churrucá, Galiano, Gravina, Alava y Valdés pagaban con sus cuerpos la gloriosa rota de Trafalgar, mientras el francés Dumanoir se ponía en huida con cinco navíos sin disparar un solo tiro? No era, pues, la España un aliado tan despreciable; al contrario, ¡ojalá nunca hubiera mostrado tan malhadada generosidad de su propia vida! Cuatro escuadras entregamos á merced de la Francia en aquellos mismos días en que el cielo nos probaba con terremotos, con sequías, con la fiebre amarilla, con pobreza, robados en plena paz nuestros tesoros de la América; y todavía no estaba satisfecha la insaciable codicia del tirano del continente!

(N. del T.)

fingida, y que era urgente que la última se comprometiese del todo para llegar á un resultado formal. Los acontecimientos posteriores prueban que había acertado. Por otra parte, como había visto que los ingleses nos habían despojado, cuando el rompimiento de la paz de Amiéns, de más de cien millones de valores y nos habían apresado muchas naves francesas que surcaban los mares confiadas en los tratados, quería tener en rehén hombres y mercaderías en todas partes.

Prometió Lima escribir al instante á su gabinete, y lo hizo así en efecto. Pero no se contentó Napoleón con una mera manifestación de sus deseos, y previendo que esta declaración sólo sería eficaz yendo acompañada de una demostración armada, tomó sus medidas para tener en pocos días un cuerpo de veinticinco mil hombres en Bayona, dispuesto á renovar contra Portugal la expedición de 1801. Se recordará sin duda que algunos meses antes, cuando se aprovechaba de la inacción del invierno para ejecutar el sitio de Dantzig y para disponer á sus espaldas un ejército de observación que le defendiese de cualquiera tentativa del Austria y de la Inglaterra, había tratado de hacer disponibles los campamentos formados en las costas reemplazándolos con cinco legiones de reserva, cada una de seis batallones, cuya organización debía confiarse á cinco antiguos generales promovidos á senadores. Cuatro meses habían transcurrido desde entonces, y escribió inmediatamente á los senadores encargados de esta organización para que le dijeran si podría ya disponer de dos de los seis batallones de cada una de las legiones referidas. Confiado en el terror que debía inspirar á los ingleses el próximo regreso del grande ejército hasta su llegada, y en que las expediciones contra el continente con que se los suponía siempre ocupados no se dirigirían hacia las costas de Francia; tomadas todas las precauciones necesarias por lo tocante á las de Holanda, Hannóver, Pomerania y antigua Prusia, no vaciló en desguarnecer las de Normandía y Bretaña, y mandó reunir en Bayona las tropas repartidas entre los campamentos de Saint-Lo, Pontivy y Napoleón-Vendée. Cada uno de estos campamentos, formado de terceros batallones y de varios regimientos completos, presentaba una división muy regular y debía componer un ejército excelente de cerca de veinticinco mil combatientes con los depósitos de dragones reunidos en Versalles y San Germán y con los destacamentos de artillería sacados de Rennes, Tolosa y Bayona. Este ejército tenía orden de reconcentrarse inmediatamente en aquel último punto. Eligió Napoleón para que lo mandase al general Junot, que había ya estado en Portugal de embajador, excelente oficial muy devoto de su soberano, y que como gobernador de París no tenía más defecto que el de entregarse con exceso á sus placeres. Suponíasele en relaciones con una princesa de la familia imperial de una manera un tanto escandalosa, y Napoleón al conferirle este cargo ocurría á dos necesidades á la vez. Tomáronse estas disposiciones ostensiblemente y de modo que ni España ni Portugal pudiesen ignorar cuán graves serían las consecuencias de una repulsa. Al mismo tiempo diéronse las órdenes necesarias para que hubiese dos batallones de cada legión de reserva dispuestos á reemplazar en las costas á las tropas que se iban á sacar de ellas.

Con igual intención volvió Napoleón los ojos á los



asuntos de Italia, y también allí fué su primer conato hacer redoblar los rigores contra el comercio inglés, lo mismo que en todas partes, siempre con la idea de hacer al gabinete de Londres más accesible á las insinuaciones de la Rusia. Gobernaba á la sazón el trono de Toscana, con la negligencia propia de una mujer y de una española y con lealtad asaz escasa hacia la causa común, la reina de Etruria, hija, como saben, de los soberanos de España, puesta por Napoleón en aquel trono y regente durante la menor edad de su hijo (1) de ese hermoso reino por la muerte de su esposo. Los ingleses ejercían el comercio en Liorna con la misma libertad que en cualquier puerto de su nación. Napoleón había reunido en las Legaciones todos los depósitos del ejército de Nápoles. Con su acostumbrada vigilancia tenía los constantly provistos de material y de reclutas. Mandó al príncipe Eugenio sacar de allí una división de cuatro mil hombres, encaminarla por el Apenino sobre Pisa, caer de improviso sobre el comercio inglés de Liorna, apoderándose á la vez de personas y efectos, y declarar en seguida á la reina de Etruria que el objeto de la expedición era defender aquel puerto de toda tentativa enemiga, tan posible y probable desde que la guarnición española había ido á Hannover á reunirse con el cuerpo de la Romana. Mientras disponía esta expedición, envió órdenes para que varios destacamentos de tropas fuesen penetrando por las provincias de Urbino, Macerata y Fermo, al mando del general Lemarrois, con objeto de ocupar el litoral, arrojar de allí á los ingleses y preparar anclaje seguro al pabellón francés, que debía en breve asomar en aquellos mares. Efectivamente, Napoleón acababa de recobrar las bocas del Cattaro, Corfú y las Jónicas. Proponíase aprovechar las circunstancias para conquistar la Sicilia, y quería cubrir con sus naves la superficie del Mediterráneo. Encargó al mismo tiempo al general Lemarrois que estudiase bien el espíritu de aquellas provincias, y que si observaba que la inclinación que por lo general tenían las provincias de la Santa Sede á sacudir el gobierno clerical para entregarse al gobierno secular del príncipe Eugenio se manifestaba con alguna energía, no opusiese á esta propensión obstáculo ninguno.

Hacia á la sazón nuevos progresos cada instante la escisión con la Santa Sede, de cuyo origen hemos ya hablado, omitiendo narrar sus cotidianas vicisitudes. El papa, que después de haber ido personalmente á París á consagrar á Napoleón había sacado de allí, entre muchas satisfacciones morales y religiosas, el disgusto temporal de no haber recuperado las Legaciones y que había visto luego ser puramente nominal su independencia por la sucesiva extensión del poderío francés en Italia, había llegado á concebir un resentimiento que no acertaba ya á disimular. En vez de ponerse de acuerdo con un soberano omnipotente, contra el cual nada se podía entonces, aun siendo potencia de primer orden, y que por otra parte amaba la religión y no cesaba de hacerle todo el bien posible; que ni pensaba remotamente en apoderarse de la soberanía de Roma, y sólo exigía que se observasen las leyes de buena vecindad con los nuevos Estados franceses fundados en Italia; el papa había cometido el error de ceder á perniciosas

(1) Después príncipe de Luca y de Parma (N. del A.)

sugestiones, tanto más poderosas sobre su ánimo por cuanto estaban en armonía con sus secretos deseos. Animo de este espíritu, se había opuesto á Napoleón en todos los arreglos relativos al reino de Italia. Había pretendido reservarse en ellos todos los derechos del papado mucho más considerables en Italia que en Francia, y no había querido admitir un concordato igual en ambos países. Las mismas exigencias y contrariedades se habían reproducido en Parma y Plasencia. Agregáronse á estas controversias otras de carácter más personal: el príncipe Jerónimo Bonaparte, durante sus campañas de mar en América, había contraído matrimonio con una joven bella y de honrada cuna, pero á una edad que hacía el contrato nulo y faltando la aprobación paterna, lo que hacía la nulidad todavía mayor. Napoleón, que quería fundar un nuevo reino en Westfalia casando á este príncipe con una princesa alemana, se había negado á reconocer aquel matrimonio, nulo por ambas leyes civil y eclesiástica, y diametralmente opuesto á sus designios políticos. Había recurrido á la Santa Sede pidiendo la anulación, pero el papa se había opuesto solemnemente. Por último, y ésta era una hostilidad aún más declarada que no podía justificar ningún escrúpulo religioso, la ciudad de Roma había venido á ser el asilo y refugio de todos los enemigos del rey José. No contento el papa con haber protestado contra la monarquía francesa establecida en Nápoles, en su carácter de antiguo señor feudal de la corona de las Dos Sicilias, había recibido en sus Estados y aún casi llamado á los cardenales que habían negado su juramento al rey José. Además había dado albergue á todos los bandidos que infestaban los caminos de Nápoles, y que se refugiaban sin disfraz alguno en los arrabales de Roma con las manos aún teñidas de sangre francesa, sin que fuera posible obtener jamás su castigo ni su extradición.

Viajando de Tilsit á París escribió Napoleón desde el mismo Dresde al príncipe Eugenio, que solía constituirse en abogado de la corte de Roma, expresándole sus motivos de queja contra ella, y encargándole que lo advirtiese en el Vaticano, haciendo entender al pontífice que su paciencia, muy escasa por lo general, se iba ya agotando, y que en caso de necesidad no titubearía en despojarle de su autoridad temporal sin tocar á su poder espiritual. En este pie se hallaban á la sazón las relaciones con la corte de Roma, y estas relaciones explican la facilidad con que Napoleón tomó las medidas que acabamos de referir acerca de las partes del litoral del Adriático sujetas á la Santa Sede (2).

(2) Aunque más adelante tendremos ocasión de hacer notar cómo reconoce el mismo historiador que todas las causas de la desavenencia entre Napoleón y la Santa Sede se reducan á que la soberanía temporal del papa era en el centro de Italia un estorbo para la desapoderada ambición de aquél, sin embargo, este es el lugar oportuno para rebatir el error en que incurre Mr. Thiers de que el descontento de Pío VII con Napoleón dependiese de no haber recobrado á su vuelta de París las Legaciones. Napoleón hacía de la religión un instrumento para su política, y ya desde el año 1806 empezó á tomar el disfraz de protector de la Iglesia en el interior, y á expedir decretos sobrepujando las esperanzas del mismo clero y excediéndose de la misma medida que se había trazado en el concordato, para poder mejor atacarle en Roma y debilitar con sus concesiones el mal efecto que pudiera producir su rompimiento con el pontífice. Cuando ya pudo con seguridad volver su atención á los negocios de Italia, suspendió toda contemplación, revocó todas las medidas favorables al clero, se trocó re-

El tratado de Tilsit estipulaba la restitución de las bocas del Cattaro y la cesión de Corfú y de todas las islas Jónicas. Ninguna posesión había deseado Napoleón más ardientemente que aquella; ninguna lisonjeaba tanto su imaginación rápida y fecunda. Veía por ella completarse sus provincias de la Iliria, lograr la dominación del Adriático, un tránsito hacia las provincias turcas de Europa, que le estaban reservadas si llegaba á hacerse una desmembración del imperio otomano, y por último, un medio más de dominar el Mediterráneo, donde quería reinar de un modo absoluto para resarcirse del abandono del Océano hecho á la Inglaterra contra su deseo. Se recordará que los rusos, después de la paz de Presburgo, habían aprovechado el momento de relevar la guarnición austriaca con la guarnición francesa, para apoderarse de los fuertes del Cattaro. Temeroso de que los ingleses hiciesen otro tanto, envió Napoleón órdenes desde Tilsit al general Marmont para que se reuniesen las tropas francesas bajo los muros de Cattaro al momento que los rusos se retirasen. Cuanto tenía previsto se ejecutó al pie de la letra, y nuestras tropas, posesionadas de Cattaro, ocuparon fuertemente esta importante posición marítima.

Pero aún más que las bocas del Cattaro le interesaban Corfú y las islas Jónicas. Mandó á su hermano que encaminase secretamente hacia Tarento, sin causar el menor recelo á los ingleses, el 5.º de línea italiano, el 6.º de línea francés, unas cuantas compañías de artillería, obreros, municiones y oficiales de estado mayor, con el general César Berthier encargado del mando de la guarnición, y que lo repartiese todo en diversos convoyes que se transportarían en faluchos desde Tarento á Corfú. Siendo este tránsito de unas pocas leguas, con cuarenta y ocho había bastante para transportar en unos cuantos viajes los cuatro mil hombres que componían la expedición. El encargado de hacer la entrega de las islas

peninamente en su opresor, alteró las relaciones políticas de la Italia con los Estados pontificios, invadió á Ancona, ocupó el territorio veneciano, arrebató á la casa de Borbón el trono de Nápoles, y creyendo poner á su merced al papa le exigió con su acostumbrado tono de dueño concesiones que el virtuoso jefe de la Iglesia no podía otorgar. Éste veía sus reducidos dominios constantemente atravesados por tropas extranjeras, que permanecían en ellos á sus anchuras, viviendo á expensas del país y de sus habitantes, agobiados con tanto peso, ó de la cámara apostólica, reducida por efecto de las circunstancias á muy mezquinas rentas. Tenía además que deplorar el soberano pontífice el desamparo de las iglesias de Italia y el estado de servidumbre en que se veía el clero del país, lo mismo que el de Francia. Por último, hartos motivos tenía para afligirse del estado de la Iglesia de Alemania, de deplorar la destrucción del antiguo imperio germánico y de inquietarse por las exorbitantes pretensiones de un hombre que se creía y llamaba altamente el sucesor de Carlomagno, y que trataba á los príncipes de Italia y de Alemania como si hubieran sido sus vasallos y tributarios. ¿Cómo había de asociarse el papa á la confederación del Rhin, y renunciar á su neutralidad, para entrar contra el enemigo común en una alianza que de todos modos hubiera sido la del cordero con el león? ¿Parecía decoroso, á los que acusan como Mr. Thiers al papa de un apego á su dominio temporal que es á todas luces legítimo y necesario, que amada la Iglesia continental se hubiese convertido en satélite de Napoleón? Prescindiendo, pues, de la justa queja de no haber recobrado las Legaciones, tenía el papa motivos sobrados para no condescender á las desmesuradas exigencias del déspota francés, y así el rompimiento con la Santa Sede era por desgracia inevitable, como con todo Estado que no se prestaba sumiso á coadyuvar á sus desastrosos proyectos. (N. del T.)

Jónicas era el almirante Siniavin, comandante de las fuerzas rusas del Archipiélago. Hizola con gran pesadumbre, y no lo disimuló, porque la marina rusa dirigida en general por oficiales ingleses ó por oficiales rusos educados en Inglaterra, era mucho más hostil á los franceses que el mismo ejército que acababa de combatir en Eylau y en Friedland. No obstante, obedeció el almirante y puso á disposición de las tropas francesas las excelentes posiciones á cuya custodia había sido prepuesto. Pero su pesar procedía de dos causas, porque además de tener que abandonar el Cattaro, Corfú y las Siete Islas, iba á verse aislado en el Mediterráneo sin poder volver al mar Negro por los Dardanelos por razón del rompimiento con los turcos, y reducido á cruzar el estrecho de Gibraltar, el canal de la Mancha y el Sund por entre las escuadras inglesas, que, según el estado en que se hallasen las negociaciones entabladas, podían dejarle pasar ó detenerle. Había previsto Napoleón todas estas complicaciones, y mandó decir á sus almirantes rusos que en los puertos del Mediterráneo, ya italianos, ya españoles y portugueses, encontrarían anclaje seguro, víveres, municiones y medios para reparar toda clase de averías. Escribió además á sus prefectos marítimos, á sus almirantes y á sus cónsules de Venecia, Nápoles, Tolón, Cádiz y Lisboa, recomendándoles que dondequiera que se presentasen naves rusas las recibiesen con solicitud y les suministrasen cuanto necesitaran. Encargó especialmente al almirante Rosily, que le representaba en Cádiz mandando la escuadra francesa surta en este puerto desde el combate de Trafalgar y al cual era lo más probable que acudiesen los rusos buscando abrigo, que dispusiese los auxilios que en vano se esperarían de la administración española, acostumbrada á dejar morir de hambre á sus propios marinos (1), y le autorizó para empeñar su firma en caso necesario con los banqueros españoles para que le facilitasen dinero.

Las fuerzas navales rusas, advertidas por su gobierno y por el nuestro, se retiraron en dos divisiones tomando direcciones distintas. La división que conducía la guarnición de Cattaro se dirigió hacia Venecia, donde desembarcó las tropas rusas que recibía Eugenio con los mayores agasajos. La otra división que llevaba las tropas de Corfú las dejó en Manfredonia, en el reino de Nápoles, y tomó en seguida, al mando del almirante Siniavin, la dirección del estrecho. Este almirante no había entrado aún en las miras de su soberano y repugnaba detenerse en un puerto francés ó sujeto á la influencia francesa; se lisonjeaba de poder volver á los mares del Norte antes que las negociaciones entre su corte y la de Inglaterra produjesen un rompimiento.

(1) Grandemente exagera Mr. Thiers el abandono en que tenía á la marina el gobierno español de aquella época, sin considerar que éste no sólo acababa de hacer los grandes armamentos marítimos que quedan referidos, siendo verdaderamente de admirar que todo su material se hubiese provisto con el producto de nuestras propias fábricas y arsenales, sino que, lejos de abandonar á sus heroicos hombres de mar, después del combate de Trafalgar derramó cuantiosos socorros pecuniarios hasta en las cabañas de millares de pescadores que con portentosas hazañas honraron en aquella sangrienta lid las matrículas del reino. A pesar de aquella gran derrota, todavía contaba nuestra marina á principios del año VIII más de setenta navíos y fragatas y cuarenta bajeles más pequeños. (N. del T.)